

buen capitán, que es marchar con mis alas en el aire por no saber lo que ocurre en mis flancos. Por fortuna estoy en situación de arrostrarlo todo, merced á los descalabros que he causado al enemigo; ¡pero es cosa muy dura vivir en esta ignorancia!» A lo que añadía Napoleón estas memorables palabras, que copiamos textualmente por lo que interesan á la gloria del más grande entre sus lugartenientes, del ilustre Massena: «La guerra es un juego serio en que compromete uno su reputación, sus tropas y su patria. El que tenga juicio debe estudiarse y conocer si ha nacido ó no para ella. Sé que en Italia afectan ustedes despreñar mucho á Massena (1): si yo le hubiera enviado en tu lugar, no habría sucedido lo que ha sucedido. Massena tiene dotes militares á las cuales deben ustedes todos bajar la cabeza; y si tiene algún defecto debe olvidarse, porque no hay hombre perfecto. Al confiarte mi ejército de Italia he cometido un yerro. Debí enviar á Massena á dirigirlo, dándote á ti el mando de la caballería bajo sus órdenes. También el príncipe real de Baviera está mandando una mera división bajo el duque de Dantzig!. Entiendo que si las circunstancias se hacen dificultosas debes escribir al rey de Nápoles que se traslade al ejército, cuyo mando le entregarás limitándote á servir bajo sus órdenes; porque es muy natural que seas tú menos experto en la guerra que un hombre ocupado en ella hace ya diez y ocho años. — Burghausen, 30 de abril de 1809.»

Sabía Napoleón que todas las ilusiones de sus enemigos y toda su jactancia se desvanecerían con la tremenda nueva de los acontecimientos de Ratisbona, y resolvió, avanzando impetuosamente, contener primero y luego hacer retroceder á las fuerzas que operaban sobre sus flancos ó retaguardia. Dejarse caer sobre Viena era ahora, lo mismo que en 1805, el medio más seguro de deshacer las coaliciones ya formadas ó solamente en germen.

Preséntabase sin embargo una de aquellas graves cuestiones en que suele cifrarse la suerte de los imperios, y que sólo ocurren á los hombres grandes como Aníbal, César, Federico y Napoleón. ¿Convendría seguir impetuosamente la espaciosa vía que conduce á Viena, la vía del Danubio, dejando sobre la izquierda al archiduque Carlos en Bohemia, siguiendo el alcance por delante á las reliquias del general Hiller y del archiduque Luis, y haciendo por último á la derecha ciar al archiduque Juan al impulso de una marcha victoriosa sobre la capital; ó bien convendría dejar á Bessieres el cuidado de repeler con su caballería y la infantería de Molitor los restos del general Hiller y del archiduque Luis sobre el Inn, y que Napoleón en persona se precipitase sobre Bohemia en persecución del príncipe

(1) Estas palabras aludían á la extraviada opinión que en aquella época se había formado una juventud, brillante pero ligera, que, entusiasmada con la restauración del trono, acudía á los campos de batalla y á las antecelas de Napoleón haciendo alarde de su valentía en aquéllos y de su elegancia en éstas, y murmurando siempre de los antiguos generales de la revolución y en particular de Massena. Reunía éste á un gran talento natural un carácter sencillo, pero brusco y poco dócil, y los jóvenes de la corte de Milán, temerosos de que se le diese el mando del ejército de Italia, le censuraban agriamente. Otro tanto había sucedido en la corte de Nápoles, donde no había querido permanecer.

(N. del A.)

Carlos, encarnizándose en el alcance y procurando escarmentar en él mismo y no en la ciudad de Viena á la monarquía austriaca (2)? Abrid Napoleón esta duda (así lo atestigua su correspondencia); pero si bien era propio de un gran capitán como él el pesar todas las alternativas, también era digno de un gran capitán no titubear después de haber tomado su partido, sino marchar directamente á su verdadero objeto, que era la ocupación de Viena. En efecto, entregándose á la persecución inmediata del archiduque Carlos por la Bohemia, tenía probabilidades de aumentar la desorganización del principal ejército austriaco, de precipitar su disolución y de impedir que, reorganizado más adelante, fuese al amparo del Danubio á disputarle el imperio de Austria, en las sangrientas jornadas de Essling y Wagram. Esto es indudable, y los panegiristas del archiduque Carlos deducen de aquí que Napoleón lo sacrificó todo á la vanagloria de entrar en Viena; pero su juicio es equivocado y prueba que no se han hecho cargo de la realidad de los sucesos. Es innegable que el principal ejército austriaco, repelido por Ratisbona allende el Danubio, estaba profundamente abatido, y que con un golpe más su completa desorganización hubiera sido segura; pero el ejército nuevo de Napoleón, aunque lleno de exaltación por su victoria, estaba rendido después de cinco días de combate. Sólo el cuerpo del mariscal Davout habría sido capaz de sobrellevar nuevas fatigas, y también éste experimentaba el cansancio por haber soportado principalmente el peso de aquellas cinco jornadas. Todos los demás estaban como extenuados. Había, pues, que perseguir con unos cincuenta mil hombres á los ochenta mil del archiduque Carlos, el cual por más que se hiciera, llevaría dos jornadas á lo menos de ventaja, encontraría alguna vitualla en los caminos de Bohemia, ya esquilados para los franceses, mientras éstos no sacarían de ellos un solo pedazo de pan; perdería sin duda en su precipitada retirada enfermos y zagueros, pero sin embargo salvaría las dos terceras partes de su gente, y después de haber excitado á Napoleón á su seguimiento, volvería infaliblemente por Lintz sobre el Danubio, repararía este río, allegaría los cuarenta mil hombres del cuerpo de Hiller y del archiduque Luis, los diez ó doce mil de Chasteler, los cuarenta mil del archiduque Juan, y de este modo juntaría en la verdadera línea de comunicaciones los ciento cuarenta mil hombres más aventajados del ejército austriaco: suposición que nada tiene de quimérica, puesto que más tarde los archiduques, aunque separados por Napoleón que quedaba en el Danubio, no cesaron de conspirar á una reunión que proyectaban verificar yendo el uno de Bohemia por Lintz y el otro de Italia por Lintz y Salzburgo. Es, pues, evidente que si Napoleón hubiera querido perseguir al archiduque en Bohemia, habría dejado vacante la vía del centro, esto es, la del Danubio; que desde aquel momento la reunión de los archiduques habría sido infalible, y que con sólo obrar

(2) El general Grün, principal oficial de estado mayor del archiduque Carlos y hombre de gran talento, ha suscitado diversas veces esta cuestión en sus cartas y escritos anónimos publicados en Alemania, pero siempre para favorecer á su jefe y con intento de enaltecer su conducta sobre la de Napoleón. Creemos que sus razones son sumamente débiles, y que las que aquí consignamos las rebaten plenamente.

(N. del A.)



EL AVEMARÍA DESPUÉS DE LA BATALLA DEL MONTE ISEL (1809), cuadro de A. Egger Lienz



estos príncipes con un poco de atrevimiento habrían podido regresar al Isar y aun al Danubio superior, y cortar la retirada de los franceses oponiendo ciento cuarenta mil hombres reunidos á Napoleón, que ya no tenía fuerzas iguales después de los combates que acababa de dar por espacio de cinco días. Así, pues, la única resolución prudente, la única digna del genio de Napoleón y la que por fin adoptó sin vacilación alguna, era tomar las márgenes del Danubio, siguiendo de este modo la línea más corta para ir á Viena, en atención á que los caminos de Bohemia describen por Ratisbona, Pilsen, Budweis y Lintz un grande arco, cuya cuerda forma el Danubio; permanecer en aquel camino, que era no solamente el más breve, sino también el más céntrico; separar, ocupándole, al archiduque que se hallaba en Bohemia de los otros archiduques que se hallaban en Baviera é Italia, y por último defender lo mejor posible, manteniéndose en aquella vía, lo que más debe importarle á todo buen general, á saber, su línea de comunicación, donde tiene sus enfermos, sus municiones, sus víveres, sus reclutas y la posibilidad de verificar su retirada en caso de desgracia.

Decidido á marchar por la vía del Danubio directamente sobre Viena, echó mano Napoleón de los medios más conducentes á la ejecución de sus designios. No conocía el plan de los austriacos: todo lo que sabía era que la mayor parte de ellos, capitaneados por el archiduque Carlos, habían sido repelidos sobre la izquierda del Danubio por Ratisbona, y que otra parte menos numerosa, conducida por el general Hiller y el archiduque Luis, quedaba repelida hacia Landshut sobre la derecha del río más allá del Isar. De aquí dedujo que al mismo tiempo de ir avanzando y picando la retirada á los que se ponían en cobro por Landshut sobre la margen derecha del Danubio, necesitaba tomar grandes precauciones con respecto á la parte que se replegaba por la orilla izquierda, esto es, por dentro de Bohemia, que era la más considerable y que iba á tener constantemente sobre su flanco ó sus espaldas. Al paso que se vigilase cuanto pudiera ésta intentar contra la seguridad del ejército, convenía llevar adelante una masa poderosa que abrumase al general Hiller y al archiduque Luis, bastante rápida para anticiparse á ellos en los diferentes pasos del Danubio, é impedir de este modo que los dos ejércitos enemigos se reuniesen antes de llegar á Viena para protegerla. Con arreglo á estas dos condiciones calculó Napoleón todos sus movimientos con previsión admirable y con un arte de que no dió jamás ejemplo capitán alguno antiguo ni moderno.

Entramos en Ratisbona el 23 por la noche: aquel mismo día y el 24 estuvo Napoleón dando sus disposiciones. Ya el 22, al dejar á Landshut para encaminarse á Eckmühl, había enviado al mariscal Bessieres con la caballería ligera del general Marulaz y parte de la caballería alemana más allá de Landshut para que persiguiese sin descanso á los dos cuerpos vencidos del general Hiller y del archiduque Luis. Agrególe la división de Wrede, y para mayor seguridad la división de Molitor, que era una de las más selectas y mejor capitaneadas del ejército francés. Merced á este último apoyo, estaba seguro de poder rechazar con energía cualquier acometida nueva del enemigo. Al siguiente día, 23, mientras

duraba el cañoneo en Ratisbona para tomarla á viva fuerza, quiso que la línea del Danubio estuviese ocupada por uno de sus más intrépidos lugartenientes, esto es, por el mismo Massena en persona, á fin de que siguiese éste constantemente la orilla del río y pudiese estorbar toda reunión de los archiduques, ya intentasen pasar de Bohemia á Baviera ó bien de Baviera á Bohemia. Mandó Napoleón al mariscal Massena que bajase hacia Straubing con las divisiones de Boudet, Legrand y Carra Saint-Cyr, y para resarcirle de la pérdida que sufría con la separación de la de Molitor le agregó una de las divisiones de Oudinot, que fué la de Claparede. De este modo, dos columnas debían perseguir á los austriacos por la derecha del Danubio: la del mariscal Bessieres, encargada de marchar por el centro de Baviera y de ir atarazando sin descanso al general Hiller y al archiduque Luis en cada paso de los diversos ríos tributarios del Danubio, y la del mariscal Massena, encargada de seguir la corriente del río y de ocupar antes que los archiduques los pasos importantes de Straubing, Passau y Lintz, que venían á ser los puntos de comunicación entre Baviera y Bohemia.

Tomadas estas precauciones en su frente y á la derecha, dispuso Napoleón del cuerpo del mariscal Davout para defender su izquierda y retaguardia, y ampararlas contra toda acometida del archiduque Carlos, caso de que este príncipe cediese á la tentación de atacarnos por el flanco y la espalda. Restituyóle las soberbias divisiones de Gudin y Morand, de que momentáneamente le había privado para la acción de Abensberg, y separó de su mando la división de Saint-Hilaire, destinada con las dos divisiones del general Oudinot á formar el cuerpo del mariscal Lannes. Las tres divisiones de Friant, Morand y Gudin, acostumbradas á servir con el mariscal Davout desde el campamento de Boloña y desde aquella época siempre ocupadas fuera de Francia, formaban como una verdadera familia regida por un padre solícito, inflexible, pero todo consagrado á sus hijos, y ofrecían un modelo acabado de la infantería propia de las grandes batallas. Jamás hurtaban cosa alguna; de nada carecían, por lo mismo que no saqueaban; nunca tenían un solo hombre rezagado; nunca cejaban tampoco, y con irresistible pujanza llevaban arrollado por delante todo obstáculo enemigo. Con la caballería ligera del general Montbrún, y á pesar de las pérdidas sufridas, reunía aún de veintinueve á treinta mil hombres. Mandó Napoleón al mariscal Davout que dejase á Ratisbona el 24, siguiese la huella al archiduque Carlos hasta las fronteras de Bohemia, indagase si las había atravesado, y que después de asegurarse de ello tomase la vía del Danubio, bajase por su margen derecha, mientras el general Montbrún bajara por la izquierda con su caballería ligera registrando sin descanso el Bohmerwald, dilatada y enmarañada sierra que separa la Bohemia de la Baviera. Debía, pues, el mariscal Davout, en cuanto adquiriese noticias positivas acerca de los movimientos del archiduque Carlos, continuar la marcha general del ejército siguiendo el Danubio detrás del mariscal Massena, ocupar á Straubing cuando este mariscal marchase sobre Passau, y ocupar á Passau cuando el mismo avanzase sobre Lintz. Mandóse al general Dupás que con una división francesa de cuatro á cinco mil hombres y los contingentes de los príncipes de segunda clase, unos



diez mil hombres entre todos, pasase inmediatamente á Ratisbona á substituir al mariscal Davout cuando dejase éste dicha ciudad para bajar el Danubio. Debía también á su vez seguirle, y reemplazarle en Straubing, en Passau y en Lintz, donde el mariscal Davout reemplazase al mariscal Massena. Por último, el príncipe Bernadotte con los sajones debía salir de Dresde, á la cual no amagaba ningún enemigo, atravesar el Alto Palatinado y entrar en Ratisbona relevando á la división de Dupás. De este modo el Danubio no podía menos de estar bien defendido, puesto que los dos cuerpos de ejército más selectos, que eran los de los mariscales Massena y Davout, escoltados por dos cuerpos aliados, iban á vigilar su curso, mientras una numerosa vanguardia conducida por el mariscal Bessieres fuese picando la retirada por el centro de la Baviera á los cuerpos de Hiller y del archiduque Luis. Resolvió Napoleón emprender la marcha en persona con la florida división de Saint-Hilaire, la de Demont, la mitad disponible del cuerpo de Oudinot, la guardia que acababa de llegar y los cuorces regimientos de coraceros, y escoltar á Bessieres por Landshut para apoyar á este último por si algún tropiezo le oponían los cuerpos de Hiller y del archiduque Luis, ó para dejarse caer sobre la orilla del río si el archiduque Carlos intentaba repararle sobre nuestro flanco ó á nuestra espalda. Para completar este conjunto de precauciones, envió Napoleón á los bávaros á su derecha con encargo de ocupar á Munich, restableciendo allí á su rey; de repeler la división de Jellachich, que se recordará había sido destacada del cuerpo de Hiller; de llevarla arrollada desde Munich á Salzburgo, y de penetrar después en el Tirol para volver á ponerle bajo la dominación de la casa de Baviera. Esta última medida, con la cual quedaban los bávaros en su propio país, tenía la ventaja de proteger la marcha del ejército por la parte de Italia y de ampararle contra cualquiera tentativa del archiduque Juan. Los cuerpos que seguían el Danubio recibieron orden de detener las barcas, de conducir las á la orilla derecha, de hacer con ellas convoyes para transportar los víveres, las municiones, los enfermos y los reclutas, preparar en todos los puntos convenientes hornos, harinas, galletas, y poner finalmente en estado de defensa á Straubing, Passau y Lintz, de modo que pudiese custodiarse el río con una escasa fuerza después de salvados sus principales escalones.

Ocupóse Napoleón en seguida en proporcionar á sus cuerpos los refuerzos de que habían menester para reparar sus pérdidas y para completar la fuerza efectiva que se había proyectado darles. Por una parte, estaban muy debilitados por los combates de este primer período, porque si bien habíamos inutilizado á los austriacos de cincuenta á sesenta mil hombres, habíamos perdido por lo menos doce ó quince mil, de los que tan sólo una tercera parte iba á reaparecer en las filas. Por otro lado, los cuerpos habían entrado en acción antes de haberse completado su fuerza efectiva. Las antiguas divisiones, organizadas de mucho tiempo atrás, como la del mariscal Davout, las cuatro menos veteranas del mariscal Massena y las de Saint-Hilaire, no habían aún recibido de sus depósitos los reclutas que les estaban asignados, y los cuerpos modernos, como el de Oudinot, que se componía de cuartos batallones, estaban muy lejos de tener completos todos sus cuadros. En efecto,

muchos de aquellos cuartos batallones no tenían más que dos, tres ó cuatro compañías, de seis que debían tener. Finalmente, los reclutas procedentes de Italia con destino á los cuerpos que tenían sus depósitos en aquella región, habían sido detenidos en el Tirol y había que substituirles otros. Dió Napoleón las órdenes necesarias para que los reclutas sacados de los depósitos y las compañías que aún faltaban á los cuartos batallones se encaminasen prontamente por la vía de Baviera, donde estaban tan perfectamente repartidos los descansos, y para que la caballería recibiese el ganado que necesitaba ante todo. Acababan de incorporarse con Napoleón los granaderos, cazadores, fusileros y tiradores de su guardia. Reiteró sus órdenes para la pronta organización de los cuartos regimientos de reclutas de la misma, y del nuevo destacamento de artillería que debía hacer subir á sesenta el número de las bocas de fuego de esta arma. Escribió al propio tiempo á los reyes de Baviera, Sajonia y Wurtemberg, anunciándoles sus gloriosos triunfos y excitando su celo para la organización de sus cuerpos, y asimismo á sus hermanos Jerónimo y Luis para que activasen la reunión de sus tropas, á fin de atender á la seguridad de la Alemania contra los movimientos sediciosos que por todas partes se advertían. Mandó que se obligase al rey de Prusia á dar explicaciones sobre la extraña aventura del mayor Schill, y al anunciar sus victorias á Mr. Caulaincourt omitió con todo estudio enviarle cartas para el emperador Alejandro, queriendo significarle con este silencio la idea que tenía formada de la sinceridad de sus promesas. Prohibió á nuestro embajador escuchar proposición alguna relativamente á los destinos futuros del Austria y á las condiciones de paz que pudieran ser consecuencia de tan rápidas victorias.

Mientras sus cuerpos marchaban delante de él, quedó Napoleón en Ratisbona para expedir las numerosas órdenes que reclamaban la realización de unas operaciones tan colosales y el gobierno del imperio, de que no se olvidaba ni aún en la ausencia. Entró en Ratisbona en la noche del 23 de abril, pasó allí los días 24 y 25, y el 26 partió para Landshut con objeto de incorporarse al ejército y dirigirle en persona. Encontró en el tránsito la guardia y los coraceros, y marchó con estas aventajadas tropas en pos de Bessieres y de Lannes, que según dejamos dicho avanzaban por el centro de Baviera al paso que los bávaros iban por la falda de los Alpes tiroleses, y por la izquierda Massena á la cabeza y Davout á retaguardia, seguidos por Dupás y Bernadotte, bajaban el Danubio.

Entretanto los generales austriacos adoptaban el mismo plan de retirada con corta diferencia que les había atribuído Napoleón. El archiduque Carlos, repelido al Alto Palatinado con cerca de ochenta mil hombres, no podía en realidad tomar otro partido que retirarse por Bohemia, atravesar esta provincia cuanto antes, reparar el Danubio bien en Lintz ó bien en Krems, incorporarse allí con el general Hiller y el archiduque Luis, y aun si era posible atraer hacia allí al archiduque Juan por el Tirol sublevado. El general Hiller y el archiduque Luis, repelidos por Landshut allende el Isar, en Baviera, con cerca de cuarenta mil hombres, no podían por su parte hacer cosa mejor que disputar las líneas del Inn, del Traun y del Ens, confluentes del Danubio, retrasar de

este modo la marcha de Napoleón, y dar á los archiducos Carlos y Juan tiempo de reunirse con ellos para proteger á Viena con todas las fuerzas de la monarquía. Este fué efectivamente el plan que adoptó el archiduque Carlos y que prescribió á sus hermanos, lo cual acababa de justificar completamente la marcha de Napoleón en la dirección del Danubio, puesto que con ella se situaba en el camino directo de Viena entre todos los archiducos, aislándolos entre sí y anticipándose á ellos en todos los puntos de concentración.

Con arreglo al plan concertado, apresuróse el archiduque Carlos al salir de Ratisbona á tomar posición en Cham, en la entrada de los desfiladeros de la Bohemia. Establecióse entre las dos carreteras de Furth y de Roetz que conducen á Pilsen, con el cuerpo de Rosenberg á la izquierda, el de Hohenzollern á la derecha, el de Kollowrath en el centro, el príncipe Juan de Liechtenstein á retaguardia con los granaderos y coraceros, y por último el cuerpo de Bellegarde destacado en el convento de Schenthal. Era la posición de Cham muy ventajosa, y bien merecía ser disputada en caso de una persecución encarnizada. Esperó el príncipe Carlos que llegasen allí sus pertrechos, sus zagueros y la gente desbandada de su cuerpo, y resolvió defenderse con los ochenta mil hombres que le quedaban si se veía nuevamente acometido por los franceses. Siguióle el mariscal Davout por Nittenáu, no con intención de presentarle batalla, sino con la de observar su marcha é indagar sus proyectos; mas queriendo sin embargo conservar el ascendiente de las armas sin empeñar la acción, repelió impetuosamente las avanzadas austriacas hasta cerca de Cham y se presentó en la actitud de un enemigo dispuesto á venir á las manos.

Sea que el archiduque no quisiese exponerse á los azares de una nueva batalla, ó que creyese haber esperado lo suficiente, levantó el campo dejando al mariscal Davout un número considerable de carros, enfermos y rezagados, que éste hizo prisioneros. Siendo el proyecto retirarse, mejor hubiera sido en verdad hacerlo antes, porque partiendo en la mañana del 24 de las cercanías de Ratisbona, el generalísimo austriaco permaneció en posición en Cham hasta el 28, y de este modo perdió dos días de cuatro de que podía disponer, cosa enojosa, por cuanto su principal interés era llegar al puente de Lintz, por el que podía reunirse con los cuerpos de Hiller y del archiduque Luis. Formando la vía interior de Bohemia un arco por Pilsen, Budweis y Lintz, tenía que tomar un largo rodeo, mientras Napoleón, siguiendo la orilla del Danubio, marchaba directamente al punto de Lintz, tan importante, por un excelente camino y al amparo del río al cual había encomendado gran parte de sus pesados convoyes. No hubiera hecho mal por lo tanto el príncipe austriaco en darse prisa aun con riesgo de dejar mucha gente rezagada, porque al cabo mejor era llegar con menos fuerzas al punto de reunión de Lintz, que no llegar en manera alguna.

De todos modos el archiduque Carlos se retiró á Bohemia, decidido á ir recogiendo cuantos refuerzos encontrase por el camino y á recobrar la orilla derecha del Danubio lo más pronto posible. Sospechando, sin embargo, que no lograría marchar con toda la celeridad que necesitaba, despachó al general Klenau con nueve batallones y al general Stutterheim con algunas tropas

ligeras, para que por los caminos más cortos fuesen á destruir, si no podían ocuparlos, los puentes de Passau y Lintz sobre el Danubio. Tomadas estas precauciones, no pudiendo menos de ceder al desaliento en presencia de una guerra que comenzaba con tan tristes auspicios, propuso al emperador de Austria que, so pretexto de un canje de prisioneros, hiciese á Napoleón insinuaciones pacíficas. El emperador Francisco, que había consentido en hacer la guerra sin que le impulsase á ello un convencimiento irresistible, y que veía hasta qué punto estaba ya desanimado el generalísimo su hermano, consentió en dar ese paso político lo mismo que había consentido en la guerra, pero exigiendo, sin embargo, que por decoro de la nación no se procediese con flojedad al principio de la campaña. En consecuencia el archiduque Carlos hizo redactar por su jefe al de estado mayor Grünn una carta en la cual, felicitando al emperador Napoleón por su llegada al cuartel general francés, circunstancia que se echaba ya de ver, decía con singular modestia, en el giro que habían tomado las cosas, le proponía un canje de prisioneros para hacer más llevaderos los males de la guerra, considerándose muy dichoso, añadía, si desde el principio de las hostilidades conseguía darles un carácter menos violento y acerbo. Continuó en seguida su marcha por Bohemia, después de haber encargado á su hermano Juan que pasase á Baviera y á su hermano Luis y á su lugarteniente Hiller que defendiesen con tesón aquella provincia contra los franceses, para dar tiempo á todas las fuerzas austriacas de verificar su anexión detrás del Traun, en las cercanías de Lintz.

En cuanto el mariscal Davout vió al archiduque Carlos internarse en Bohemia, al punto deshizo el camino andado, volvió á Ratisbona, repasó el Danubio y empezó á bajar el río por la orilla derecha, haciendo que el general Montbrún explorase la orilla izquierda. Encaminóse sobre Passau siguiendo al mariscal Massena que debía dirigirse sobre Lintz, é hizo que le reemplazase en Ratisbona el general Dupás con diez mil hombres, mitad alemanes y mitad franceses.

Mientras el archiduque Carlos se retiraba en la dirección que acabamos de indicar, el general Hiller y el archiduque Luis, figurándose que Napoleón se empeñaba en la persecución del archiduque Carlos, habían decidido disputarnos palmo á palmo el suelo de la Baviera, aun antes de que se les hubiese mandado, y resuelto un movimiento ofensivo contra la vanguardia del mariscal Bessieres con objeto de atraer al enemigo hacia sí y dejar desembarazado al generalísimo. Su resolución era honrosa y bien entendida, porque podían sorprender á Bessieres antes de que se le incorporase el refuerzo que le enviaba Napoleón y en ese estado de confianza imprudente que suele inspirar la victoria.

Tenían aún los dos generales austriacos, comprendiendo en su fuerza efectiva las reliquias de la reserva de Kienmayer y la división de Jellachich, cerca de cincuenta mil hombres. El general Jellachich se hallaba hacia Munich con orden de retirarse sobre Salzburgo: privados de su auxilio, y reforzados por un regimiento de Mitrowski y unos cuantos húsares de Stipitz, debían contar con unos treinta y ocho ó cuarenta mil combatientes. Marchando sobre el mariscal Bessieres, que contaba apenas con trece ó catorce mil y que iba avan-